

El fin de siglo argentino: democracia y nación

Si continúa siendo útil apelar a la historia como a una cantera de la cual extraer comparaciones con el presente, es evidente que «la cuestión democrática» constituye uno de los temas para organizar una reflexión desde el cono sur americano, y más precisamente desde la Argentina. Esta cuestión permanece como un legado de la década pasada, una vez superada la última dictadura militar, caracterizada por una represión de Estado que en sus extremos más siniestros se tradujo en la figura fatal del desaparecido. Pero en los días que corren, esta problemática se halla de hecho fusionada con los efectos inducidos por las políticas económicas neoliberales y con acontecimientos mundiales que han modificado radicalmente el horizonte civilizatorio en este fin de siglo. Entre estos últimos, la caída del socialismo ofrece algo más que un motivo de reflexión; ofrece el derrumbe de un ideal que durante siglos alimentó la esperanza y otorgó sentido a la vida y a la muerte de millones de seres humanos. La retirada de esta utopía abre un vacío de enormes proporciones y de alcances inimaginables sobre la conciencia no sólo política de la humanidad. Junto con ello, la decadencia del populismo sumerge a vastas regiones del subcontinente americano en una crisis de identidad. El quebrantamiento de estos modelos político-sociales no puede dejar paso a esa «sensación Fukuyama» de un optimismo histórico nacido no se sabe si de la ingenuidad o de la mala fe, y puede para ello anteponérsele el diagnóstico de Bobbio: si bien las respuestas que el socialismo brindó se han revelado incorrectas, las preguntas que lo originaron subsisten con una terquedad que es el síntoma de su irresolución.

Dentro de estas cuestiones se encuentra aquella que niega la capacidad del mercado para generar sentimientos de pertenencia que garanticen la construcción de una sociedad y no meramente de un amontonamiento de individuos. Las líneas que siguen toman un lapso de la historia argentina

para ilustrar la hipótesis de que, ante la incapacidad de la economía para tejer esos lazos societales, se elaboró entonces en el campo intelectual una simbología nacionalista que en sus extremos entró en contradicción con la doctrina de la tolerancia liberal. Bien se sabe que el posmodernismo en curso se opone vehementemente a este ejercicio de observar el pasado con la intención de dibujar un hilo de sentido con la actualidad. Y sin embargo, aun a contrapelo de estas convicciones de época, puede resultar ilustrativo describir una fracción de la historia cultural argentina verificada en el Buenos Aires de fines del siglo pasado, en cuya deriva es posible observar la conflictividad que se introdujo en esta sociedad a partir del proceso de modernización, y que en este caso particular se centrará en la tensión entre el crecimiento económico y la construcción de una identidad colectiva.

En el comienzo fue la euforia: el testimonio de Miguel Cané, a principios de la década de 1880, celebraba que en la Argentina no sólo se trataba del progreso material, sino que también el moral era sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que después de la ruptura revolucionaria de 1810 había sido preciso hacerlo todo desde la nada. «Recibimos —decía— un mundo nuevo, bárbaro, despoblado, sin el menor síntoma de organización racional: mírese la América de hoy, cuéntense los centenares de millares de extranjeros que viven felices en su suelo, nuestra industria, la explotación de nuestras riquezas, el refinamiento de nuestros gustos, las formas definitivas de nuestro organismo político, y dígasenos qué pedazo del mundo ha hecho una evolución semejante en medio siglo». También un futuro ministro del Interior como Eduardo Wilde sentaba en una carta dirigida al presidente de la República «la tónica eufórica que presidiría los febriles años venideros: “Adelante, adelante. Haremos de Buenos Aires la Atenas de Sudamérica”»¹. Prontamente, sin embargo, ante los ojos de la élite, Atenas se convirtió en Cartago, y al inaugurarse el monumento a Sarmiento aquel mismo Cané no ocultaba su desazón y describía así ese desplazamiento desde el optimismo republicano hacia un cierto desaliento y un malestar en la cultura que la crisis económica de 1890 reforzaría: «Siento, señores, que estamos en un momento de angustioso peligro para el porvenir de nuestro país [...] [Por]que no se forman naciones dignas de este nombre sin más base que el bienestar material o la pasión del lucro satisfecho».

Las causas de aquel malestar obedecían a una auténtica crisis de valores generada por el acelerado proceso de modernización. Este fenómeno da cuenta asimismo de una asimetría entre la serie de lo material y la de lo simbólico, esto es, entre un proceso de formidable expansión económica, por un lado, y esa sensación de decadencia instalada en algunos sectores del campo intelectual argentino, por el otro. Sin duda que este mismo cli-

¹ Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *La república conservadora, Buenos Aires, Paidós, 1978, págs. 77-78.*

ma imperaba en otras áreas de la cultura occidental, y especialmente en Francia luego de los sucesos de la Comuna, de la derrota frente a Alemania y del bochornoso *affaire* Dreyfus. Pero si existió un proceso de importación de ideas —tan recurrente en una cultura derivativa como la argentina—, el carácter y las traducciones del mismo no podrían comprenderse sin tener en cuenta las profundas modificaciones promovidas en el estilo de vida, las costumbres y la cultura en general por el proceso de modernización, que planteó nuevos desafíos al sistema simbólico hasta entonces dominante.

De estas modificaciones me interesa aquí observar algunos rasgos reactivos dentro de la cultura intelectual argentina que presenciaron no sin alarma, la eventual amenaza de la participación de las masas en la escena pública, esto es, las consecuencias para ellos no deseadas de la expansión democrática. Sin duda, el modernismo cultural ofreció un venero ideológico apto para esta recusación de igualitarismo «mesocrático», ya que si este movimiento hallaría una de las legitimaciones de su propia estética en la construcción de una antinomia entre lo útil y lo bello, una análoga correspondencia podía encontrarse entre el valor «alto» asignado a la aristocracia y su opuesto implícito en el concepto de democracia. Esta última no aludía solamente a un tipo de legitimidad política fundado en la soberanía popular, sino que se colocaba en las antípodas de la noción de «aristocracia», que concentraba las bondades de lo espiritual contra las vulgaridades del mal gusto «burgués».

Así, una revista como *El Mercurio de América* (editada desde 1898 bajo el directo estímulo de Rubén Darío en Buenos Aires) se propone en su presentación «luchar porque prevalezca el amor a la divina Belleza, tan combatido hoy por invasoras tendencias utilitaristas. Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América Latina a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española»².

En este aspecto, pudo el modernismo cultural tomar algunos mensajes originados en el decadentismo francés, que reaccionaba con pesimismo frente a las necesidades impiadosas del determinismo psíquico, psicológico y social, que aplasta al hombre bajo las leyes de la herencia, a la especie bajo las de la evolución y —en lo que especialmente nos interesa— al individuo excepcional bajo la ley del gran número afirmado por la democracia³. A partir de estas convicciones, la tarea del poeta modernista recurrirá a la estrategia de privilegiar lo raro, lo refinado, lo excepcional, para oponerlo a la vulgaridad de las emergentes masas urbanas, calificadas en el caso argentino por la masiva presencia de inmigrantes.

Por otra parte, y dentro de un movimiento que resultará relevante para determinar el tipo de producción cultural del período, se sabe que entonces la posición del intelectual había resultado complejizada por hallarse

² Presentación firmada por «La Dirección», en *El Mercurio de América*, Buenos Aires, año 1, t. 1, 20 julio 1898, págs. 4-5.

³ «Paul Verlaine», en *Rubén Darío*, Los raros, Barcelona-Buenos Aires, Ed. Maucci, 2.^a ed., 1905, pág. 49.